

entonces dijo: "Creo, Señor." Y se postró ante él.

¿A quién conmemoramos hoy?

A San Simeón de la Montaña Admirable

San Simeón nació en el seno de una piadosa familia cristiana el año 521 en Antioquia, Siria. Sus padres se llamaban Juan y Marta. Desde su juventud, Marta (conmemorada el 4 de julio) se preparó para entregar su vida al monacato pero sus padres insistieron en que se casara con un piadoso joven de Antioquia llamado Juan.

Ya casada, Santa Marta buscó agrandar en todo tanto a Dios como a su marido. Oraba fervientemente pidiendo un niño que ella dedicaría al servicio de Dios. El niño nació y fue llamado "Simeón".

Al cumplir seis años, un terremoto sacudió la ciudad de Antioquia y su padre falleció. Su madre y él fueron a vivir a las afueras de la ciudad. Allí, a los 7 años, vio al Señor. Él lo reconoció inmediatamente y le preguntó: "Señor, ¿Cómo es que fuiste crucificado?". El Señor abrió los brazos y le dijo: "así es que fui crucificado, pero lo he querido yo mismo. Tú, crucifícate cada día por mí".

Un día encontró a un asceta llamado Juan que vivía sobre un pilar y desde ese momento quiso imitarlo. Decidió ingresar en un monasterio y visitaba a Abba Juan para pedir su consejo espiritual.

Pasados casi siete años en el Monasterio, San Simeón le pidió a su padre espiritual poder llevar su misma vida. Con la bendición del Abad del monasterio, un nuevo pilar fue construido. Por este tiempo San Simeón recibió de parte de Dios el don de la sanación.

La fama del joven monje comenzó a expandirse más allá del Monasterio y la gente comenzó a buscar sus consejos y sus oraciones. Unos años después Simeón pidió elevar a doce metros el pilar en donde vivía. Antes de permitirlo el Abad, fue ordenado

diácono.

En esa columna San Simeón fue lleno del Espíritu Santo y escribió muchas cartas sobre el arrepentimiento, el monacato, la encarnación de Cristo y el Juicio Final.

San Simeón estableció un monasterio en un lugar conocido como la *Montaña Admirable* en donde los enfermos sanados por él construyeron una iglesia en gratitud a la misericordia de Dios.

En el año 560 San Simeón fue ordenado sacerdote por Dionisio, Obispo de Seleucia. A los setenta y cinco años supo que su fin estaba por llegar. Junto a todos los monjes del monasterio y allí durmió en el Señor en el año 596 habiendo pasado 68 años de su vida sobre una columna.

El Monasterio de San Simeón es una miniatura del Monasterio de San Simeón el Estilita a quien recordamos el 1 de septiembre. Dicho monasterio se encuentra en ruinas el día de hoy cerca de la ciudad de Antioquia.

SOFIA

Esta semana continuaremos con las charlas del Seminario Ortodoxo de Formación para Iberoamérica: martes 26 a las 21:30 "El Ciego: la Vida como Luz" y Jueves 28 de mayo a las 20:30 hs "La Vida de San Siluan de Monte Athos" a cargo de Monseñor Siluan

Si no se ha inscripto todavía solo debe enviar un email a: arzobispado@acoantioquena.com, expresando el deseo de participar en las charlas hasta un día antes de las mismas; posteriormente recibirá del administrador WiZiQ una guía de acceso. La participación es totalmente gratuita.

Las lecturas de la semana

Lunes 25:	II Corintios 4:6-15; San Mateo 11:2-15
Martes 26:	Hechos 17:19-28; San Juan 12:19-36
Miércoles 27:	Hechos 18:22-28; San Juan 12:36-47
Jueves 28:	Hechos 1:1-12; San Lucas 24:36-53
Viernes 29:	Hechos 19:1-8; San Juan 14:1-11
Sábado 30:	Hechos 20:7-12; San Juan 14:10-21
Domingo 31:	Hechos 20:16-18, 28-36; San Juan 17:1-13



La Voz del Señor

Año VIII - Nro 21 - 24 de mayo de 2009
Domingo del Ciego

La vista y la ceguera ante el Resucitado

"Creo, Señor, y se postró ante Él"

La curación del ciego de nacimiento ocurrió poco tiempo antes de que se produjera la resurrección de Lázaro en Betania. No se trataba, según los Padres de la Iglesia, de una enfermedad que impedía la vista, sino que al ciego le faltaban los ojos desde su nacimiento. Así, la intervención de Jesús consistió en que Él dispusiera la existencia de nuevos ojos.

El milagro ocasionó la apertura de una serie de investigaciones por parte de los judíos para identificar al sanador del ciego. Dicha tentativa les condujo a enfrentarse al ciego: mientras que este último confesaba que Jesús es un profeta y un piadoso, que hace la voluntad de Dios, que Dios lo escucha, y que Él proviene de Dios; ellos, en contraparte, afirmaban categóricamente que Jesús es un "pecador" y "no puede venir de Dios, pues no guarda el sábado", rechazando el hecho obvio del milagro. Además, cabe comparar la confesión firme del ciego con el miedo que dominaba a sus padres. Es entonces que animado con esta disposición que el ciego se encontró con su sanador. Así, él reconoció a Cristo como Señor, creyó y se postró ante Él.

En realidad, es extraño al observar la reacción de los judíos ante este evento es copia de lo que iba a suceder durante la Pasión, cuando los judíos refutaron la revelación de Jesús de su

identidad, le inculparon por blasfemia y lo condenaron para ser crucificado en las afueras de Jerusalén. Cabe notar que la firme confesión de Jesús coincidió con la triple negación de Pedro. Luego, los judíos mal interpretaron el hecho del sepulcro vacío de Cristo como si el cuerpo de Cristo hubiera sido robado por sus discípulos mientras que los soldados lo custodiaban, y no aceptaron la vida y la victoria sobre la muerte que Cristo dio a la naturaleza humana por medio de su resurrección. En cambio, en una dirección diametralmente opuesta, cuando las mujeres encontraron a Cristo en la madrugada del día de la Pascua, "Jesús les salió al encuentro, diciéndoles: Salve. Ellas, acercándose, asieron sus pies y se postraron ante Él" (Mt 28:9).

Para entender ese paralelismo y cómo nos afecta, tenemos las palabras de Jesús antes de la curación del ciego, explicando que la ceguera era "para que se manifiesten las obras de Dios". Ante la obra del Señor de recrear nuevos ojos, se manifestó implícitamente la posición de los protagonistas, a saber la de los judíos, del ciego y de sus padres: constatemos la irascibilidad de los judíos en sus creencias y convicciones, y su negación y rechazo a ver las obras de Dios; observamos también el miedo de los padres del ciego; y admiramos, en cambio, al ciego quien vio y confesó, postrándose ante Jesús.

Surge, pues, la pregunta si vemos las obras de Dios y las confesamos. Una respuesta digna no puede ser otra que averiguar si rendimos gracias a Dios. La acción de gracias por excelencia de la Iglesia es la Eucaristía, o sea la Divina Liturgia, donde todos nosotros agradecemos a Dios por sus obras en nuestra vida, y principalmente por Su presencia y Su gracia, experimentándolas y confesándolas al mismo tiempo.

Sin embargo, la participación de la Divina Liturgia es deficiente en la actualidad. Le falta estar acompañada por un sentido de comprensión y de deseo más profundo, una actitud de gratitud y una disposición contrita. Es verdad

que la vida nos impone ritmos y condiciones que aceptamos voluntaria e involuntariamente, generando entre los más débiles espiritualmente, una grave lesión: por una parte, una disposición malísima - justificarse permanentemente por su falta y ausencia-, o por otra parte, una actitud mortal -la indiferencia. En realidad, persistir en la auto-justificación significa obviamente un tipo de tuerto espiritual, mientras que la indiferencia es una muestra de ceguera espiritual, disimulándose tras la seguridad de identificarse y conformarse con la conducta de la mayoría, evitando llevar a cabo el desafío que implica diferenciarse de dicha conducta. En cambio, la confesión de su propia debilidad abre el camino de la recuperación de la vista de la misericordia de Dios por los ojos tanto de la inteligencia como del corazón.

La obra mayor del Resucitado es Su misma resurrección y la Vida eterna que brota desde entonces en medio de nosotros, en la Iglesia y la vida de cada uno en particular, hoy y ahora. Vista o ceguera ante el Resucitado dependen de nosotros, y significan respectivamente el haberle agradecido o haber rechazado Sus obras. El ciego eligió el “Camino” por excelencia, el camino de la vista, y se volvió un apóstol antes que los apóstoles de Cristo y confesor de Sus obras en su vida. Nosotros también, en pos del ciego de nacimiento y de los apóstoles, somos elegidos para que se manifieste, en nuestra vida y nuestra comunidad, la misma gratitud y confesión, el mismo testimonio y vigor apostólico, antes de Su segunda venida en gloria. Ojala sigamos dignamente el ejemplo del ciego y rindamos siempre gracias a Cristo en su iglesia. ¡“Cristo resucitó”!

+ Metropolitana Siluan

Tropario de la Resurrección (Tono 5)

Alabemos, nosotros fieles, y adoremos al Verbo, al Coeterno con el Padre y el Espíritu; al Nacido de la Virgen para nuestra salvación;

porque se complació y aceptó ascender por el cuerpo a la Cruz, soportar la muerte; y levantar a los muertos por Su Gloriosa Resurrección.”

Hechos de los Apóstoles (16:16-34)

Sucedió que al ir nosotros al lugar de oración, nos vino al encuentro una muchacha esclava poseída de un espíritu adivino, que pronunciando oráculos producía mucho dinero a sus amos. Nos seguía a Pablo y a nosotros gritando: "Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, que os anuncian un camino de salvación." Venía haciendo esto durante muchos días. Cansado Pablo, se volvió y dijo al espíritu: "En nombre de Jesucristo te mando que salgas de ella." Y en el mismo instante salió. Al ver sus amos que se les había ido su esperanza de ganancia, prendieron a Pablo y a Silas y los arrastraron hasta el ágora, ante los magistrados; los presentaron a los pretores y dijeron: "Estos hombres alborotan nuestra ciudad; son judíos y predicán unas costumbres que nosotros, por ser romanos, no podemos aceptar ni practicar." La gente se amotinó contra ellos; los pretores les hicieron arrancar los vestidos y mandaron azotarles con varas. Después de haberles dado muchos azotes, los echaron a la cárcel y mandaron al carcelero que los guardase con todo cuidado. Este, al recibir tal orden, los metió en el calabozo interior y sujetó sus pies en el cepo. Hacia la media noche Pablo y Silas estaban en oración cantando himnos a Dios; los presos les escuchaban. De repente se produjo un terremoto tan fuerte que los mismos cimientos de la cárcel se conmovieron. Al momento quedaron abiertas todas las puertas y se soltaron las cadenas de todos. Despertó el carcelero y al ver las puertas de la cárcel abiertas, sacó la espada e iba a matarse, creyendo que los presos habían huido. Pero Pablo le gritó: "No te hagas ningún mal, que estamos todos aquí." El carcelero pidió luz, entró de un salto y tembloroso se arrojó a los pies de Pablo y Silas, los sacó fuera y les dijo: "Señores,

¿qué tengo que hacer para salvarme?" Le respondieron: "Ten fe en el Señor Jesús y te salvarás tú y tu casa." Y le anunciaron la Palabra del Señor a él y a todos los de su casa. En aquella misma hora de la noche el carcelero los tomó consigo y les lavó las heridas; inmediatamente recibió el bautismo él y todos los suyos. Les hizo entonces subir a su casa, les preparó la mesa y se alegró con toda su familia por haber creído en Dios.

Santo Evangelio según San Juan (9:1-38)

En aquel tiempo vio, al pasar, a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos: "Rabbi, ¿quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego?" Respondió Jesús: "Ni él pecó ni sus padres; es para que se manifiesten en él las obras de Dios. Tenemos que trabajar en las obras del que me ha enviado mientras es de día; llega la noche, cuando nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo." Dicho esto, escupió en tierra, hizo barro con la saliva, y untó con el barro los ojos del ciego y le dijo: "Vete, lávate en la piscina de Siloé" (que quiere decir Enviado). El fue, se lavó y volvió ya viendo. Los vecinos y los que solían verle antes, pues era mendigo, decían: "¿No es éste el que se sentaba para mendigar?" Unos decían: "Es él". "No, decían otros, sino que es uno que se le parece." Pero él decía: "Soy yo." Le dijeron entonces: "¿Cómo, pues, se te han abierto los ojos?" El respondió: "Ese hombre que se llama Jesús, hizo barro, me untó los ojos y me dijo: "Vete a Siloé y lávate." Yo fui, me lavé y vi." Ellos le dijeron: "¿Dónde está ése?" El respondió: "No lo sé." Lo llevan donde los fariseos al que antes era ciego. Pero era sábado el día en que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. Los fariseos a su vez le preguntaron cómo había recobrado la vista. El les dijo: "Me puso barro sobre los ojos, me lavé y veo." Algunos fariseos decían: "Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado." Otros decían: "Pero, ¿cómo puede un pecador realizar semejantes señales?" Y había disensión entre ellos. Entonces

le dicen otra vez al ciego: "¿Y tú qué dices de él, ya que te ha abierto los ojos?" El respondió: "Que es un profeta." No creyeron los judíos que aquel hombre hubiera sido ciego, hasta que llamaron a los padres del que había recobrado la vista y les preguntaron: "¿Es éste vuestro hijo, el que decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora?" Sus padres respondieron: "Nosotros sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego. Pero, cómo ve ahora, no lo sabemos; ni quién le ha abierto los ojos, eso nosotros no lo sabemos. Preguntadle; edad tiene; puede hablar de sí mismo." Sus padres decían esto por miedo por los judíos, pues los judíos se habían puesto ya de acuerdo en que, si alguno le reconocía como Cristo, quedara excluido de la sinagoga. Por eso dijeron sus padres: "Edad tiene; preguntádselo a él." Le llamaron por segunda vez al hombre que había sido ciego y le dijeron: "Da gloria a Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es un pecador." Les respondió: "Si es un pecador, no lo sé. Sólo sé una cosa: que era ciego y ahora veo." Le dijeron entonces: "¿Qué hizo contigo? ¿Cómo te abrió los ojos?" El replicó: "Os lo he dicho ya, y no me habéis escuchado. ¿Por qué queréis oírlo otra vez? ¿Es qué queréis también vosotros haceros discípulos suyos?" Ellos le llenaron de injurias y le dijeron: "Tú eres discípulo de ese hombre; nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios; pero ése no sabemos de dónde es." El hombre les respondió: "Eso es lo extraño: que vosotros no sepáis de dónde es y que me haya abierto a mí los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores; mas, si uno es religioso y cumple su voluntad, a ése le escucha. Jamás se ha oído decir que alguien haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento. Si éste no viniera de Dios, no podría hacer nada." Ellos le respondieron: "Has nacido todo entero en pecado ¿y nos da lecciones a nosotros?" Y le echaron fuera. Jesús se enteró de que le habían echado fuera y, encontrándose con él, le dijo: "¿Tú crees en el Hijo del hombre?" El respondió: "¿Y quién es, Señor, para que crea en él?" Jesús le dijo: "Le has visto; el que está hablando contigo, ése es." El